

*A mi negra le he dicho
Allá va si caigo en cana
Que me lleve la vianda
La sobrecama, ay morena
A mi negra le he dicho
Si caigo en cana, ay morena
La sobrecama ay sí
Yo soy monrero
Donde meto la punta
Saco dinero, ay morena.*

Raúl Gardy

PARTE II

El patrón del mal: subjetividades criminales

Sensibles machos narcos: deconstrucción de masculinidades en las narcoseries de Chava Cartas y Mauricio Cruz¹

Ainhoa Vásquez Mejías
Universidad Nacional Autónoma de México
ainhoavasquezm@gmail.com

Las narcoseries entre el amor y el odio

El boom de las narcoseries ha seducido a muchos, pero también ha provocado gran escozor en muchos otros. Mientras unos reconocen seguir las aventuras de estos narcotraficantes, sicarios y policías encubiertos, otros libran una batalla por prohibirlas. Desde que irrumpió en el mercado televisivo, hace más de diez años, la primera narcoserie colombiana: *Sin tetas no hay paraíso*, basada en el libro de Gustavo Bolívar y creación audiovisual de Caracol TV para Colombia, nadie ha quedado indiferente al impacto. Televisoras mexicanas como TV Azteca, Imagen TV, Televisa, así como estadounidenses como Telemundo, Univisión, Sony, TNT, HBO, han involucrado a sus guionistas en la creación de estas series o han adquirido el producto lanzándolo como hit de su parrilla programática. A pesar de ello, en estos años muchos han sido y siguen siendo detractores, argumentando que la violencia en la televisión incita las conductas antisociales de los jóvenes, que la televisión banaliza el sufrimiento cotidiano o que exalta, tomando como positivo, uno de los problemas más graves que enfrenta México actualmente.

La polémica no es nueva. Desde el surgimiento de la serie policial estadounidense, en que los policías eran los héroes y los delincuentes los villanos, se intentó desacreditar este tipo de producto. Educadores, orientadores y sicólogos manifestaron su molestia al considerar que estas series tendrían efectos nefastos, a corto y largo plazo, en la conducta de los jóvenes, ya que se les exponía a una visión continuada de violencia. La contraparte aseguraba la imposibilidad de atribuir a un solo medio tanto poder, puesto que se dejaba de lado otros factores fundamentales como las predisposiciones subjetivas, la pertenencia a un grupo, el nivel de frustración, el marco familiar, el nivel educacional, entre otros (Munizaga).

1 Este artículo forma parte del Proyecto de Investigación Fondecyt N° 1190475 “A punta de balas y excesos: marginalidad social y literaria en la nación neoliberal en narcorrelatos chilenos del siglo XXI”, a cargo del Dr. Danilo Santos y del cual soy Investigadora externa asociada.

Adiós a las armas

Despatriarcar América desde la cultura

Un debate que hasta hoy no ha sido zanjado. Manuel Garrido Lora, siguiendo una línea reciente de estudios anglosajones que investigan la posible relación causal entre violencia y medios, ha analizado los tráileres de las películas de Walt Disney Pictures, señalando que, bajo la apariencia inocente de estas producciones, podría haber una influencia en ciertos comportamientos agresivos del público expuesto a estos mensajes. En la misma corriente, Donnerstein, indica que la forma más perjudicial de representación de la violencia en los medios, se daría a través de la construcción de personajes atractivos que se comportan de manera agresiva; la hipótesis es que el público querría identificarse con la personalidad de los malvados, principalmente, por su apariencia física. Admirarlos podría provocar la intención de imitarlos.

Una opinión similar manifiestan algunos políticos mexicanos. A fines del 2016 el senador Zoé Robledo y la diputada Lía Limón, presidentes de las Comisiones de Radio, Televisión y Cinematografía del Congreso de la Unión de México, en conjunto con la Asociación civil “A Favor de lo Mejor”, lanzaron la campaña “No a las narcoseries”, cuyo objetivo era eliminar este tipo de contenidos o, al menos, limitar su horario, argumentando que promueven la vida delictiva y, debido al horario en que se transmiten (entre las 20 y las 22 horas), muchos niños y jóvenes quedan expuestos.

En el ámbito académico, el debate tampoco cesa. Sayak Valencia en un artículo del año 2014, argumentaba que los productos audiovisuales en torno al narcotráfico reproducen masculinidades hegemónicas, por cuanto, exaltan la figura hetero-patriarcal del narcotraficante en términos de poder y violencia. Un punto que retoma en el artículo “Del *fascinante fascismo* a la *fascinante violencia*: psico/bio/necro/política y mercado gore”, en coautoría con Katia Sepúlveda y en el que denuncia la glamurización y rentabilización de la violencia visual en las producciones culturales que refieren al México contemporáneo. Para las autoras estaríamos ante una *fascinante violencia* en que la muerte televisada sería una técnica de seducción y control. A la vez, propiciaría la identificación con un modelo masculino destructivo: “sus códigos semiológicos, técnicos y visuales, pese a servirse de súper producciones y efectos especiales, siguen distribuyendo perspectivas heteropatriarcales, misóginas, racializadas, capacitistas y clasistas, en las cuales se exaltan las virtudes del necro-liberalismo, el machismo, la seducción ante la muerte y la incitación a vivir de manera extrema y acelerada” (84).

Una visión contraria a Valencia y Sepúlveda presenta el colombiano Omar Rincón, quien ve en las narcoseries un nuevo tipo de televisión testimonial, por cuanto documenta una forma de pensar y un gusto popular: “Para comprender la realidad hay que ir a ver la telenovela y no al noticiero [] Y es que la televisión es un espejo de la sociedad que la produce; nos dice mucho acerca de cómo somos, imaginamos y pensamos como comunidad” (47). Para el académico y comunicólogo, la ficción sería la mejor manera de acceder a nuestra realidad y a nuestra historia, puesto

que en ella nos vemos y reconocemos como somos: con ambigüedades, contradicciones, violencias y sentimentalidades, mientras también nos cuenta lo que nos interesa. La narcoserie, para Rincón, es un laboratorio de identidad nacional, un espacio de reflexión en el que la sociedad se ve y se piensa, una combinación entre memoria y contingencia.

Similar es la visión de Daniela Renjel, quien refuerza la idea de Rincón en el caso concreto de las narcoseries creadas por Gustavo Bolívar. El principal y pionero creador de producciones narco en Colombia buscaría mostrar una realidad nacional compleja, denunciar la injusticia social, la corrupción política y la lucha contra el narcotráfico, independiente del impacto económico del *rating*. Comprometido con un verdadero cambio social, las producciones de Bolívar buscarían crear un espectador emancipado, que cuestione, debata, polemice respecto a lo que está observando en la televisión. Una especie de catarsis mediática, en palabras de Aldona Bialowas Pobutsky, hecha para los televidentes que han vivido la realidad del narcotráfico, pero también, la “invitación a un debate sobre las consecuencias del susodicho fenómeno en la sociedad actual del consumismo” (“Deleitar denunciando”).

Peligrosas o inocentes, alabadas o censuradas, las narcoseries como fenómeno no consiguen un consenso ni en el mundo político ni en el académico. Tampoco existen muchos estudios etnográficos que difundan la percepción de los espectadores, sin embargo, una de las pocas investigaciones de campo, realizada en Colombia por las académicas Mireya Cisneros y Clarena Muñoz, desmiente su potencial perjudicial. Entre los años 2011 y 2012 entrevistaron a estudiantes, espectadores de *Sin tetas no hay paraíso*, *El capo*, *Rosario Tijeras* y *Las muñecas de la mafia*, narcoseries transmitidas a las 9 de la noche. Los jóvenes efectivamente admitieron que les gusta la ropa, las casas, las fiestas y hasta la forma de hablar de los capos, pero que: “más que una reivindicación de valores negativos, las narcotelenovelas ofrecen la posibilidad de identificar la corrupción de las instituciones, reconocer momentos específicos del pasado y encontrar los enlaces y explicaciones en la conformación de los cárteles recientes” (“Los imaginarios sociales”): corrupción, historia y entretención. La intención de volverse narco no fue mencionada.

Con tan pocos estudios de campo y tanta tradición audiovisual, literaria y artística centrada en la violencia, será siempre difícil llegar a un acuerdo sobre la influencia de los medios de comunicación en el comportamiento antisocial de los consumidores. En cambio, resultará más sencillo indagar en la intención manifiesta de los creadores de las narcoseries, quienes, aseguran, buscan deconstruir y subvertir lo que asociamos con el narcotráfico. Epigmenio Ibarra, director de la productora *Argos*, reconocido crítico del poder político en México y responsable de éxitos como *El Señor de los Cielos*, y actualmente *Ingobernable*, asegura que su intención es generar productos comerciales con contenidos profundos, utilizar la televisión y su influencia para cambiar el país: “Si las telenovelas sirven para idiotizar también

Adiós a las armas

Despatriarcar América desde la cultura

pueden servir para despertar a la gente [...] Esa es nuestra pretensión. Que después de cada episodio de una de nuestras series o telenovelas o películas, tú te preguntes y ¿yo qué? y le preguntes a tu pareja ¿y nosotros qué? y te preguntes por el país y te digas ¿dónde estamos?” (“Entrevista con Epigmenio Ibarra”).

Las narcoserias nos hacen cuestionarnos, enfrentarnos a una realidad difícil que no queremos ver. Los directores Chava Cartas y Mauricio Cruz, bajo el alero de la productora colombiana Teleset y con ayuda de los productores Daniel Ucrós y Gabriela Valentine, también lo están haciendo. En sus tres narcoserias, una especie de trilogía de amor en tiempo de narco, compuesta por *El Mariachi* del 2014, *Señorita Pólvora* del 2015 y *El Dandy* del 2016, nos presentan a tres protagonistas masculinos completamente diferentes: el joven inocente que se ve envuelto en el narcotráfico por ayudar a un desconocido; el hombre violento que ha crecido en el narcomundo y debe heredar el negocio; el padre de familia infiltrado que se involucra en el mundo criminal creyendo que está en sus manos realizar cambios sociales profundos. Tres hombres que, sin embargo, comparten características similares: sensibles, enamorados, dispuestos a dar su vida por lo que creen y quieren. Acostumbrados, como estamos, a pensar el narcomundo masculino como un lugar de ferviente machismo, con sujetos dominantes y sanguinarios, estas narcoserias desmontan el estereotipo.

A lo largo del presente trabajo, referiremos la representación tradicional de narcomundo, como un lugar violento, de machos sanguinarios e inescrupulosos, en el que solo hay cabida para la masculinidad hetero-patriarcal y mujeres trofeo, circunscritas en el ámbito doméstico. Posteriormente se analizará la deconstrucción que otorgan narcoserias como la de Chava Cartas y Mauricio Cruz, en la que se visibilizan masculinidades comprometidas, sensibles, a la vez que se debaten temas contingentes como son la violación, la homosexualidad, la eyaculación precoz, entre otros temas tabús en las series que refieren al narco. A la vez, reconoceremos también los cambios en las feminidades, ya que, de ser sujetos pasivos, las mujeres de estas series toman el control de sus vidas y se convierten en seres independientes e incluso salvadoras. Si bien, el análisis se centrará en las narcoserias escritas por Cartas-Cruz, realizaremos cruces con otras narcoserias cuando ello sea oportuno para confirmar o contrastar ciertos puntos mencionados.

El narcomundo como espacio masculino

México es considerado popularmente, y estereotípicamente, como uno de los países más machistas de Latinoamérica: “México es conocido como la patria de los machos, por excelencia, como el país donde esa patología social es parte del modo de ser, del carácter popular, del inconsciente colectivo, de la superestructura” (42), dice Carmen Lugo. Una construcción cultural con referentes concretos que nos

lleva a pensar en el “macho mexicano” reflejo de un Jesús Sánchez, el protagonista de *Los hijos de Sánchez*, el estudio antropológico de Oscar Lewis: un campesino que ha debido migrar a la ciudad, padre de familia, trabajador, pero también autoritario, violento, mujeriego, misógino.

Si a estas características le sumamos lo que Lugo denomina los atributos de “macho”: sombrero, pistola, automóvil, tenemos la imagen del narcotraficante por excelencia. Sujetos que ejercen dominio y lo demuestran en su tono de voz, con su vestimenta, con sus armas, en su desprecio a las mujeres. Se ven a sí mismos y buscan demostrarle al mundo su poder basado en su valentía, pero también en la violencia que ejercen sobre sus subalternos (Ovalle y Giacomello). Una violencia que, además, parecería estar legitimada por el Estado, en la lógica de masculinidad hegemónica del macho mexicano,² según indica Sayak Valencia (“Teoría transfeminista”):

El mantenimiento de una masculinidad violenta emparentada a la construcción de lo nacional tiene implicaciones políticas, económicas y sociales que cobran en la actualidad un alto número de vidas humanas, dada la lógica machista del desafío y de la lucha por el poder y que, de mantenerse, legitimará a la clase criminal como sujetos de pleno derecho en la ejecución de la violencia como una de las principales consignas a cumplir bajo las demandas de la masculinidad hegemónica y el machismo nacional (73).

Sujetos endriagos del Capitalismo Gore: violentos, feroces, que recrean un modelo de “masculinidad autoritaria, agresiva, heterosexual, valiente con cuerpos capaces de desafiar, a la cual se respeta más que a las demás” (Valencia, “Teoría transfeminista” 81). Un sistema narcopatriarcal basado en la superioridad masculina y en el que el sujeto femenino es otro subalterno: mujeres que acatan órdenes, que ponen en peligro su vida por amor o por necesidad y otras que simplemente funcionan como objetos de adorno, según Lilian Ovalle y Corina Giacomello, en el narcomundo: “la mujer es concebida como un bien más al que pueden acceder para manifestar en el espacio público su poder adquisitivo y social” (304). Burreras, prostitutas, madres, hermanas, hijas, siempre vistas como posesión de los hombres, parte del patrimonio narco, nunca como sujetos independientes y activos.³

2 Misma idea que refuerza Patricia Digón Regueiro, al señalar que el prototipo del héroe Disney y ese tipo de masculinidad sirvió durante mucho tiempo para los intereses de EE.UU.: “La idea del héroe, «masculino», cuyo destino es luchar, repitiendo de nuevo la vieja historia del «gran héroe americano» que representa algunos de los valores de la sociedad norteamericana basados en el poder individual y el logro personal, «el hombre hecho a sí mismo», el sometimiento al líder, así como las ideas imperialistas y la defensa de la necesidad de la resolución violenta de los conflictos debido al gran peso de la industria armamentística en la economía del país” (168).

3 Esta imagen estereotípica de hombres y mujeres en el narco no se diferencia para nada de la tradición de género en el cotidiano y en las mismas películas, algunas aparentemente inofensivas como las de los

Adiós a las armas

Despatriarcar América desde la cultura

Sin embargo, tal como argumentan Sayak Valencia (“Teoría transfeminista”) y Guillermo Núñez Noriega, tanto lo femenino como lo masculino son construcciones culturales, dispositivos de género, ficciones sociales, convenciones que provocan determinados comportamientos y que terminan por considerarse naturales. Así, resulta natural que, si en la vida diaria la mujer es considerado un sujeto subalterno, en el narcomundo se la relegue a trabajos asociados a la domesticidad y en el que cumplen siempre roles periféricos; así, es natural que, si en la cotidianidad el macho mexicano intenta ejercer su dominio, el narco mexicano no solo quiera controlar su territorio, sino que también busque demostrar su autoridad a través del ejercicio de la violencia. Construcciones culturales naturalizadas que, no obstante, pueden ser deconstruidas, ya que, como indica Núñez Noriega, las concepciones sobre “ser hombres” o “hacerse hombres” no necesariamente coinciden siempre, lo que se traduce en distintas acepciones acerca de lo que significa ser hombre o ser mujer.

Las narcoseries, al contrario de los trabajos académicos, los noticieros y los trabajos de campo, son probablemente los únicos productos que están cuestionando la naturalización de los roles de género en el mundo del narcotráfico. Mientras se insiste en victimizar a las mujeres que ingresan en el narco, argumentando que siempre lo hacen por amor a sus parejas o a sus hijos y siempre desde posiciones de subalternidad, las narcoseries empoderan a las mujeres, las convierten en líderes de cárteles, a la vez que les otorgan la posibilidad de elegir.⁴ Otro tanto realizan con la imagen masculina, al deslindarlos de las construcciones tradicionales: sí son sujetos violentos pero que utilizan la violencia como medio de protección, no porque disfruten ejercerla, no son hombres poderosos, son fieles, no tienen miedo a demostrar sus sentimientos, son aliados de las mujeres no enemigos ni tiranos. En las narcoseries de Chava Cartas y Mauricio Cruz, las mujeres son más que trofeos desechables, los narcos son seres sensibles, fieles y comprometidos. Narcoseries que también parecen querer dejar un mensaje un poco más positivo: la redención existe, el amor cambia, incluso los hombres más violentos y sanguinarios pueden ser mejores personas quizás haya esperanza en el mundo.

Sensibles machos narcos

Deconstruir el machismo, efectivamente, es una tarea pendiente, tal como asegura Sayak Valencia (“Teoría transfeminista”): “La deconstrucción del machismo es

estudios Disney: “En términos generales, la masculinidad se vincula a la violencia, al dominio, al riesgo, a la habilidad, la inteligencia; mientras que la femineidad se encuentra más unida a la debilidad, la imprudencia, la bondad, la pasividad y los valores estéticos” (Porto Pedrosa 13).

4 El papel de las mujeres en las narcoseries lo analicé en el artículo “De muñecas a dueñas: La aparente inversión de roles de género en las narcoseries de Telemundo”.

urgente en el contexto mexicano actual dado que el fenómeno del narcotráfico y la violencia explícita como herramientas de *necro-empoderamiento* obedecen y encarnan, de forma exacerbada, una amalgama entre las demandas de la masculinidad hegemónica y las demandas del capitalismo global contemporáneo” (73). Sin embargo, las narcoseries mexicanas, ese mismo producto tan juzgado por banalizar la violencia y reproducir estereotipos de género, son las que están presentando y construyendo otro tipo de masculinidades. Son las narcoseries las que actualmente están realizando un cuestionamiento profundo y crítico al mundo del narcotráfico y al capitalismo contemporáneo, a la vez que sus directores desmontan las masculinidades hetero-patriarcales.

Los machos protagonistas de las narcoseries de Chava Cartas y Mauricio Cruz, ni siquiera ingresan al mundo del narco por un asunto de dinero y poder, no son seducidos por las ventajas del capitalismo, sino por causas circunstanciales. Los tres protagonistas: Martín Aguirre “el Mariachi”, Miguel Galindo “M8” en *Señorita Pólvora* y José Montaña “El Dandy”, otorgan además un panorama amplio en torno a la configuración del mundo de la mafia mexicana, ya que los tres ingresan de maneras muy diferentes y ocupan un lugar específico en la red de criminalidad. El Mariachi es un joven huérfano, bondadoso y confiado que, por ayudar a un desconocido, se vuelve responsable de sembrar una bomba, lo que provoca que, de un día para otro, a riesgo de su vida y la de su abuela, deba convertirse en sicario del cártel del Litoral e infiltrado en el de Occidente para descubrir quién es el Mero Mero. Un peón del ajedrez narco. Miguel Galindo, entretanto, sufrió de niño el asesinato de sus padres y, sin saberlo, fue adoptado por el capo responsable de su orfandad. Aprendió de su padrastro la violencia, puesto que él era el elegido para heredar el imperio del cártel. Sin conocimiento real de su pasado, M8 se apresta a cumplir el designio que su padrastro le ha dado por lealtad y amor hacia él. Galindo representaría un tipo de narco-junior, un heredero que, lejos de aspirar a ser como su padrastro o malgastar el dinero ilícito, se siente atrapado y en deuda con el hombre que lo acogió. Finalmente, Pepe Montaña, profesor de asignatura de la carrera de derecho, es requerido por la Procuraduría de Justicia para convertirse en un agente infiltrado en el Cártel del Golfo que opera en la Zona Rosa de la Ciudad de México. Por compromiso con sus valores, su patria y su familia, decide aceptar la tarea y el riesgo que ello implica. Similar al caso del Mariachi, el Dandy se convierte en un peón de la policía y víctima de la corrupción.

Los tres personajes desde el comienzo muestran características que no se asocian al estereotipo de narco-macho: Martín canta y toca la guitarra, es un artista; Miguel cocina y enseña a cocinar a Valentina; Pepe Montaña es un padre y un esposo ejemplar, a menudo refieren que comparte las tareas domésticas y el cuidado de los hijos, además de vestir con pulcritud, por lo que en el cártel lo apodan “Dandy”, comparándolo contantemente con la imagen de hombre metrosexual. Ninguno de los tres tiene madre, pero los tres aman incondicionalmente a mujeres

Adiós a las armas

Despatriarcar América desde la cultura

que representan esa maternidad: Martín acepta vincularse con la mafia por miedo a que dañen a su abuela Berenice; Miguel tiene una relación profunda con Amalia, la mujer que lo adoptó y quien le enseñó a cocinar. El Dandy pone en riesgo la operación al intentar conseguirle opiáceos a su suegra-madre para evitarle los dolores causados por la etapa terminal del cáncer. Su enfermedad y muerte es el único dolor que no logra ocultar al Chueco, su padrino en el cártel.

En un narcomundo que se basa en la violencia, ellos sufren al utilizarla. El Mariachi y el Dandy intentan impedir asesinatos y se niegan a cumplir órdenes cuando se trata de dañar a otros. El Dandy debe dar muerte al líder de otro cártel para salvar su vida y la del Chueco, sin embargo, ello le provoca un trauma que le cuesta superar, lo mismo ocurre con Martín cuando asesina en defensa propia. Aunque sabe que ha asesinado para salvar su vida, queda destruido, en la escena llueve torrencialmente, reflejo de su sentir y, a pesar de que muchos intentan convencerlo de que hizo lo correcto, él se culpa “Esa muerte la voy a tener que cargar toda mi vida” (cap. 14). M8, aunque ha sido criado en un mundo violento y acostumbra cumplir órdenes que implican cobrar vidas y torturar, una vez que conoce a Valentina, se reusa a seguir dañando.

El amor a la pareja y a los hijos es el atributo que más resaltan las narcoserias actuales. Incluso los capos más sanguinarios se doblegan por su familia y luchan porque nadie los dañe. Elías Vázquez, el capo de capos de *Señorita Pólvora*, le confiesa a Miguel que “no hay peor dolor en esta vida que la pérdida de un hijo y yo ya perdí a dos y lo que más siento es que no pude impedirlo. Tengo todo el dinero, tengo todo el poder, pero no pude impedirlo y no lo puedo regresar a la vida” (cap. 52). El dinero parece no significar nada frente al sufrimiento de perder a quien se ama, también los capos, sicarios e infiltrados aman profundamente “Los hijos tienen que ser lo primero para uno, ese balazo me hubiera gustado me lo metieran a mí” (cap. 17), dice el Chueco al Dandy. Máspreciado que el dinero, el poder y la propia vida es el amor a la familia.⁵

Capos sensibles, enamorados, fieles y familiares, masculinidades contrapuestas a los villanos, los policías corruptos, asociados a cárteles de droga, quienes efectivamente recurren a la violencia física contra las mujeres que dicen querer, son infieles, mentirosos y disfrutan ejerciendo su poder ante sus subalternos. Víctor, el policía, ex novio de Celeste, le es infiel en reiteradas ocasiones, la subestima, la violenta física y psicológicamente, quiere reducirla a un objeto doméstico y un trofeo frente a los otros hombres. El coronel Montoya en *Señorita Pólvora* y el procurador

5 Esto también se refleja en otras narcoserias como en *El patrón del mal* y *Narcos*. El punto débil de Pablo Escobar era su familia, como reconoce el embajador estadounidense frente al presidente Gaviria en la serie *Narcos*: “debemos retener a la familia. Si se van del país perderemos ventaja en la persecución de Escobar. Si se quedan en Colombia él se preocupará por su seguridad. Es más probable que los contacte por teléfono, que cometa errores. Tenemos que usar a la familia como ventaja” (cap. 7 Temp. 2).

Lagos (El Mayor) en *El Dandy*, son sujetos mentirosos y ambiciosos, no conocen de lealtades, son capaces de traicionar a todos con tal de salvarse, son infieles, jamás se han enamorado y las mujeres para ellos son piezas desechables.

Estos otros narcos, machos sensibles, apuestan por un cambio en el paradigma: Miguel, Martín y José no buscan la violencia a menos que sea en defensa propia o de quienes aman, no buscan el dinero y el lujo, escogen el amor antes que una vida de peligro e incertidumbre. Martín y José deben entregarse al crimen, ya que es el único camino para conservar sus vidas y conseguir la libertad que añoran para volver con sus respectivas familias y sus amadas. Miguel, en cambio, creció en medio de la violencia, de la lucha entre cárteles rivales, sin embargo, cuando conoce a Valentina, decide cambiar, redimirse, buscar la expiación. Y eso hasta el mismo héroe de esta narcoserie, Vicente Martínez, el periodista justiciero, lo comprende: Miguel nació del lado del bien, señala en uno de sus reportajes, pero otros le quitaron la posibilidad de tener una vida feliz. Idea que refuerza el sicólogo de la cárcel en la que se encuentra M8: “Tú no eres un animal, puedes cambiar todo lo que has hecho [...] eres un hombre con problemas, con dificultades y con defectos como todos. Discúlpame si me cuesta creer que eres la encarnación del diablo en la tierra” (cap. 51). Todos tenemos derecho a una segunda oportunidad, nos dicen las narcoseries de Cartas-Cruz, aunque en el mundo del narco ello no siempre sea posible.

Masculinidades dispuestas a cambiar o arriesgarse por amor. Masculinidades vinculadas al narco que ponen en debate otras temáticas tabús o erradicadas del estereotipo violento del crimen. En *El Dandy*, El Negro, uno de los líderes importantes del Cártel es violado en la cárcel, lo que da pie para que se hable acerca del sometimiento de unas masculinidades a otras y de qué forma se invierten las hegemonías en ciertos contextos. Antonio, sicario e hijo del Chueco, reconoce haber sufrido de eyaculación precoz y lo cuenta sin vergüenza, como un problema masculino. La hija de Pepe Montaña se involucra sentimentalmente con un hombre que ha tenido relaciones homosexuales y defiende su derecho a enamorarse de las personas y no de un género. Un niño puede hablar sin vergüenza con su madre sobre la masturbación. La imagen del hombre narco y también del macho común, impenetrable e impenetrable se desvanece.

Junto con deconstruir la imagen machista de los hombres del narco, la imagen de la mujer también cambia. Las mujeres no son víctimas del narcotráfico, ni víctimas del amor, son sujetos fuertes, decididos, empoderadas. Al contrario de lo que ocurre en el narcocorrido tradicional en que: “Más que proporcionar una ayuda directa o efectiva en la solución del conflicto (inevitablemente trágico la mayoría de las veces), la presencia de las figuras femeninas le permite al héroe reforzar, e incluso mostrar, ciertos aspectos de su personalidad, como la valentía que raya en la fanfarronería y la temeridad, o la devoción a la madre y el cariño a la mujer amada” (Altamirano 452), las mujeres de estas narcoseries no son simples ayudantes o

Adiós a las armas

Despatriarcar América desde la cultura

complemento para demostrar la fortaleza, valentía o sensibilidad de los hombres, ellas actúan por sí mismas: hablan, gritan, se relacionan con hombres, practican la sororidad y no se dejan vencer fácilmente. Celeste y Valentina provienen de familias dedicadas e involucradas en el narcotráfico, sin embargo, ellas lo ignoran. De mujeres bondadosas e inocentes se convierten en agentes activos en la lucha contra el narco por amor, pero también por un fuerte sentido social. Leticia, la esposa del Dandy, Deyanira, la hija del Negro, Fidela y María Luisa, esposas del Chueco, todas subvierten los estereotipos tradicionales de mujeres en el narco. Ninguna es trofeo, todas son inteligentes, astutas y pieza fundamental en el engranaje criminal.

Celeste, por ejemplo, al contrario de cualquier princesa Disney tradicional, subordinada al príncipe y esperando a ser rescatada: “condenada a renunciar a su autosuficiencia; o lo que es más grave: a sufrir dolor o muerte, salvo que ande cerca un Príncipe valiente, fuerte y guapo que las rescate a tiempo” (Ramos Jiménez 25), se convierte ella misma en su propia salvadora y en la salvadora de Martín. El Mariachi resulta incapaz de detener y asesinar al dragón (el Mero Mero en tiempos de narco), por lo que es ella quien toma la pistola y le dispara. Es Martín quien le debe la vida a la princesa que ha llegado a rescatarlo.

Así, mientras Celeste desmonta el rescate de las princesas, Valentina cuestiona otros paradigmas Disney. Al contrario del modelo de princesa sumisa, pasiva, doméstica y buscando marido (Ramos Jiménez), Señorita Pólvora nada tiene de sumisa ni de pasiva ni de doméstica. Es una estudiante de periodismo y fotógrafa que anda en moto, usa chaqueta de cuero (eso en lo exterior), que busca venganza por la muerte de su padre, aunque ello implique ingresar infiltrada al cártel responsable, es arriesgada y valiente, es contestataria, no teme a las autoridades, ni a los capos ni a los policías, es terca y no desiste jamás.

Y así como Valentina odia los concursos de belleza, *El Dandy* también polemiza respecto a la imagen femenina tradicional. Amaranta, hija del Chueco, es una joven acomplejada por su peso, sin embargo, tanto los hombres como las mujeres le refuerzan constantemente la importancia de valorarse más allá del aspecto físico. El Esquimal, su enamorado, le declara su amor, un amor que ella no comprende porque está segura de que los hombres las prefieren “flacas y debiluchas como modelos” (cap. 38). Antonio, su hermano, la aconseja y le pide que no se obsesione con su físico: “Lo que tú tienes que hacer es bien fácil. Es hacer ejercicio y dejar de comer tanto, de raíz cambiar los hábitos” (cap. 28). Las mujeres que la rodean también intentan que se juzgue por lo que es y no por algo tan banal como su cuerpo.

6 Valentina y también Celeste, podrían asociarse a las mujeres de los narcocorridos contemporáneos en que: “la valentía femenina es decisiva en la relación de la mujer con el hombre, no solo porque implica necesariamente un posicionamiento subjetivo de la mujer como agente activo, sino también porque frecuentemente parece cuestionar los estereotipos de género y exigir un pronunciamiento explícito con respecto a las relaciones de poder y a la igualdad o diferencia entre hombres y mujeres” (Cuéllar et al. “Las mujeres en los narcocorridos”)

Sororidad es una palabra clave para definir la relación que se genera entre las mujeres de estas narcoserias. Celeste, a pesar de que lucha por el amor de Martín con María, es capaz de dejar sus celos aparte cuando ella la necesita. Se unen para auxiliarse mutuamente cuando el narco las pone en peligro a ellas o a quienes quieren. Y aunque en un principio Emilia, prima de Valentina, la envidia por la corona del concurso de belleza, termina por ayudarla a demostrar su inocencia frente a las calumnias con que la policía intenta desacreditarla. Y es en *El Dandy* donde los vínculos entre mujeres son más fuertes. María Luisa y Fidela son ambas mujeres del Chueco y, aunque hay competencia por el amor del sicario, la amistad y la solidaridad entre ellas es siempre más poderosa, incluso terminan por abrir un restaurante juntas cuando el Chueco es asesinado. Hay luchas mayores a las amorosas y vínculos más fuertes que los de pareja. De la misma forma, cuando Leticia, esposa del Dandy, es abandonada por la policía y debe buscar trabajo, es otra mujer la que la ayuda a pesar de no contar con ninguna experiencia.

Así como se deconstruyen ciertos estereotipos de género, las narcoserias de Cartas-Cruz ponen en debate otro tipo de temas fundamentales de referir en la actualidad, por ejemplo, cómo ha cambiado el concepto ideal de familia: el Chueco tiene dos mujeres que saben y aceptan esta situación, hay padres solteros, madres solteras, abuelas, suegras, madrastras que fungen como madres reales, sin embargo, el cariño rompe cualquier modelo o estereotipo: “Aunque no seamos una familia tradicional, aquí todos nos queremos y nos apoyamos” (cap. 24), le dice el Chueco a su hijo Antonio cuando cae en las drogas y todos (incluso Fidela, la otra esposa de su padre) buscan formas de ayudarlo.

La violación es otro tema contingente. Algo que pensamos es tan aceptado en el narcomundo machista, en *El Dandy* es condenado y castigado. Cuando el Menonita, narco-junior hijo del gran Capo “La Güera”, viola a su prometida Deyanira, todos lo prueban, incluso su padre, quien lo golpea en una de las escenas con mayor violencia: “¿sabes lo que nos hace diferentes de los animales? La educación, el honor. ¿Desde cuándo te convertiste en un animal? Entonces habrá que tratarte como uno” (cap. 35). Es importante el tratamiento que se realiza sobre este asunto, por cuanto vemos la forma en que Deyanira se avergüenza y se culpa por lo ocurrido, una actitud que es cuestionada por el Dandy, el Chueco, el padre de Deyanira, La Güera todos intentan convencerla de que ella no es responsable de lo que le ocurrió: “Tú eres una mujer muy hermosa, muy fuerte, muy inteligente y no puedes pensar que eso que te pasó fue por tu forma de vestir, eso que te pasó fue por la mente enferma de ese animal. Tú no vas a permitir que el Menonita te cambie la vida. No podemos permitir que los hombres nos marquen, que nos controlen. Nosotras somos más fuertes” (cap. 39), le dice Fidela.

Hombres sensibles, comprometidos, capos fieles (o en el caso del Chueco abiertamente infiel, sin máscaras y con el beneplácito de ambas familias), hombres que reconocen su vulnerabilidad y no sienten su honra mancillada si son salvados

Adiós a las armas

Despatriarcar América desde la cultura

por mujeres. Mujeres independientes, valientes, arriesgadas y que pueden ser ellas quienes salven literalmente (como Celeste) o metafóricamente (Valentina y Leticia) a sus parejas. Temáticas novedosas para la televisión clásica y contingente socialmente como son las nuevas formas de hacer familia, la violación, la sororidad, la masturbación, la eyaculación precoz, la homosexualidad.

Son varios los puntos que Chava Cartas y Mauricio Cruz están cuestionando y desmontando con sus narcoseries. Algo que rompe con la idea de masculinidad hegemónica en el esquema del mundo criminal, pero que también responde a una tendencia general en la ficción actual. Francisco Zurian, Daniel Martínez y Hernando Gómez, han analizado la representación audiovisual de las nuevas masculinidades concluyendo que los valores tradicionales del patriarcado como la competitividad, la hegemonía, el heterocentrismo, la minusvaloración de la esfera privada, la violencia, la valentía, la ambición y la represión de las emociones, han dado paso a construcciones masculinas que:

Actualmente se han vuelto mucho más complejos. Se reconocen más vulnerables, menos seguros de sí mismos o, mejor, con una seguridad menos soberbia, más comprometidos, su trato con las mujeres y su nivel de compromiso de pareja son más respetuosos y más igualitarios [...] se le presenta también en la esfera privada (tradicionalmente lugar de los personajes femeninos); el hogar, la familia y la intimidad con amigos ya son un lugar común para los personajes masculinos. También lo podemos ver vulnerable, dependiente (incluso de una mujer) y desorientado (61).

Algo similar apunta Rubí Carreño Bolívar en su estudio sobre música popular y narrativas post dos mil, puesto que, tanto cantantes como escritores podrían estar forjando subjetividades en oposición a las masculinidades hegemónicas y desarticulando masculinidades heterosexuales patriarcales: “Manuel García valida en “Alfil” un modelo de masculinidad alternativa cuyas referencias son “el amor”, “las flores”, “los estudiantes” que finalmente se queda con “la reina” (277). “En la novela de Yuri Herrera, *Trabajos del reino* [...] el erotismo y el amor son la forma necesaria para salir del castillo y reunir la fuerza para morder la mano que le da de comer” (279), lo mismo que ocurre con M8 en *Señorita Pólvora* con resultados más dramáticos, por cierto. Como un espejo en el que nos reflejamos, desmontar y proponer nuevas formas de masculinidades desde ámbitos diversos como son el cine, la literatura, la música, resulta fundamental para cuestionar nuestras propias y actuales construcciones de género.

Conclusiones

Las narcoseries han sido ampliamente criticadas —y desde diversos sectores— como un producto frívolo, violento y que, además, reproduce los estereotipos de género, naturalizando la dominación de la masculinidad hegemónica. No obstante, existen también las narcoseries que están retratando masculinidades divergentes y están poniendo a debate la misma concepción añeja de masculinidad. Chava Cartas y Mauricio Cruz muestran en sus producciones a hombres que, desde distintos puestos, están vinculados o pertenecen al mundo del narcotráfico, asociado tradicionalmente al machismo más recalcitrante, pero que, por el contrario, tienen en común cierta sensibilidad, que son empáticos, que condenan la violencia de género, que anteponen la vida y la felicidad de las mujeres que aman antes que la propia, leales y comprometidos.

Si tratamos de contrarrestar las críticas que consideran peligrosas a las narcoseries por naturalizar los estereotipos de género, así como por glamurizar la violencia, podemos recurrir al estudio de Manuel Garrido Lora para discutirlo. Para este académico, la representación de la violencia más perjudicial en los medios audiovisuales es aquella en la que la acción violenta se legitima en la ficción, en la que hay intencionalidad de las acciones, consumación de los hechos sin alternativas, carácter atractivo del agresor, juventud y masculinidad del agresor, presencia de premios y ausencia de castigos para el agresor, utilización de armas que impiden los mecanismos inhibitorios, presencia de humor como *edulcorante*, y ausencia de provocación.

Si tomamos en cuenta estas características para considerar estas narcoseries de Cartas-Cruz como perjudiciales, la conclusión no puede ser otra que desmentirlo. No habría intencionalidad en las acciones violentas, por cuanto los personajes principales ingresan al narcomundo por casualidad o error y se niegan a agredir a otros, incluso poniendo en riesgo sus propias vidas; las acciones violentas, por tanto, no están legitimadas sino que son condenadas (al menos moralmente por el protagonista, puesto que legalmente muchas veces quedan impunes), existen alternativas de cambio, existen las segundas oportunidades, el protagonista no muestra una masculinidad hegemónica y quienes sí la ostentan, los agresores, generalmente son representados por actores viejos y gordos. Y castigo, claro que hay castigo: “si te portas mal, te va mal” (“‘El Dandy’, lo negro de los negocios”), asegura Chava Cartas respecto a *El Dandy*.

Las narcoseries son un producto que nació al alero de la telenovela, por ello se respeta el sustrato melodramático clásico del género. Y como en todo melodrama hay castigo a quien ha sido villano. Los agresores que han provocado daño terminan siempre siendo asesinados o apresados, sin importar si lo han hecho por cumplir órdenes y a disgusto, el comportamiento incorrecto debe pensarse. Es el caso

Adiós a las armas

Despatriarcar América desde la cultura

de Miguel, pues, aunque de sicario se convierte en aliado de la policía para atrapar a los capos, aunque encuentra su redención moral en el amor de Valentina y hay un arrepentimiento genuino por su vida pasada, el destino del melodrama lo alcanza. M8 y Valentina mueren acibillados. Martín y José, en cambio, que han sido buenos y correctos, que nunca han asesinado si no es en defensa propia y que han luchado para mantener el amor y recuperar a sus familias, encuentran su final feliz al lado de sus parejas sentimentales; un final feliz que, de todas maneras y en ambos casos, incluye un cambio de nombre y un alejamiento de sus vidas anteriores, pero que les permite obtener su segunda oportunidad, al contrario de lo que ocurre con los narcos y políticos villanos que siempre son asesinados o encarcelados.

Estas narcoseries no están haciendo una apología de la violencia, ni reproduciendo los estereotipos de género donde las mujeres son cienientas dominadas, sino al contrario, están propiciando un debate popular –entre la gente común y corriente que consume estas producciones– en torno a las nuevas masculinidades y los nuevos roles que asumen las mujeres empoderadas. Las narcoseries nos dan la posibilidad de observar el narcomundo desprendiéndonos de los clichés donde el hombre es siempre victimario y la mujer es siempre víctima del amor. Acá hay matices, claroscuros, no hay hombres ni mujeres cien por ciento virtuosos, sino seres humanos enfrentados a una contingencia, buscando sobrevivir. Algunos lo logran mientras otros mueren en el intento, los agresores generalmente reciben su castigo mientras las masculinidades sensibles obtienen cierta redención. Desmantelar a los machos más machos de nuestro imaginario, justo en el producto estrella de la televisión actual, no puede ser considerado un ejercicio tan banal.

Obras citadas

- Altamirano, Magdalena. “Representaciones femeninas en el corrido mexicano tradicional. Heroínas y antiheroínas”. *Revista de Dialectología y Tradiciones Populares*, vol. 65, no. 2, 2010, pp. 445-464.
- Bialowas Pobutsky, Aldona. “Deleitar denunciando: La narco telenovela de Gustavo Bolívar “Sin tetas no hay paraíso” marca el pulso de la sociedad colombiana”. *Especulo: Revista de Estudios Literarios*, no. 46, 2010, <http://webs.ucm.es/info/especulo/numero46/deleitar.html>
- Carreño Bolívar, Rubí. “Yo no canto por cantar: arte, intimidad y dinero en masculinidades de artistas y masculinidades hegemónicas globalizadas”. *Estética, medios masivos y subjetividades*, editado por Pablo Corro y Constanza Robles, Pontificia Universidad Católica de Chile, 2016.
- Cartas, Chava y Cruz, Mauricio. *El Mariachi*. axn, 2014.
- _____. *Señorita Pólvora*. Sony, 2015.
- _____. *El Dandy*. Sony, 2016.
- Cisneros, Mireya y Muñoz, Clarena. “Los imaginarios sociales en las narcotelenovelas”, *alfal*, 2014, <http://www.mundoalfal.org/CDAnaisXVII/trabalhos/R0587-1.pdf>
- Cuéllar, David; *et al.* “Las mujeres en los narcocorridos: idealización y devaluación, conversión trágica y desenmascaramiento cómico”. *Alternativas en psicología*, vol. 18, no. 31, 2014, <http://alternativas.me/19-numero-31-agosto-2014-enero-2015/63-2-las-mujeres-en-los-narcocorridos-idealizacion-y-devaluacion-conversion-tragica-y-desenmascaramiento-comico>
- Digón Regueiro, Patricia. “El caduco mundo de Disney: propuesta de análisis crítico en la escuela”. *Comunicar*, no. 26, 2006, pp. 163-169.
- El Informador. “El Dandy’, lo negro de los negocios”. *El Informador*, 18 agosto 2015, <https://www.informador.mx/Entretenimiento/El-Dandy-lo-negro-de-los-negocios-20150818-0170.html>
- Garrido Lora, Manuel. “La representación de la violencia en los tráileres de las películas de Walt Disney Pictures”. *Zer*, vol. 15, no. 29, 2010, pp. 47-67.
- Lewis, Oscar. *Los Hijos de Sánchez*. Editorial Grijalbo, 1982.
- Lugo, Carmen. “Machismo y violencia”. *Nueva Sociedad*, no. 78, 1985, pp. 40-47.
- Munizaga, Giselle. *La teleserie policial: una moral de la violencia*. Pontificia Universidad Católica de Chile, 1975.
- Núñez Noriega, Guillermo. “Los estudios de género de los hombres y las masculinidades ¿qué son y qué estudian?”. *Culturales*, vol. 4, no. 1, 2016, pp. 9-31.

Adiós a las armas

Despatriarcar América desde la cultura

- Ovalle, Paola y Giacomello, Corina. “La mujer en el narcomundo. Construcciones tradicionales y alternativas del sujeto femenino”. *Revista de Estudios de Género. La Ventana*, no. 24, 2006, pp. 297-318.
- Padilha, José. *Narcos*. Netflix, 2016.
- Ramos Jiménez, Ismael. *Desmontando a Disney. Hacia el cuento coeducativo*. Junta de Andalucía, Consejería de educación, 2009.
- Renjel, Daniela. “Gustavo Bolívar: el hombre de las narcotelenovelas”. *Revista Mitologías Hoy*, vol. 14, 2016, pp. 93-111.
- Rincón, Omar. “Nuevas narrativas televisivas: relajar, entretener, contar, ciudadanizar, experimentar”. *Revista Comunicar*, vol. 18, 2011, pp. 43-50.
- rt en Español. “Entrevista con Epigmenio Ibarra”, *rt*, https://www.youtube.com/watch?v=jP_p0c63yOk&t=656s
- Valencia, Sayak y Sepúlveda, Katia. “Del fascinante fascismo a la fascinante violencia: psico/bio/necro/política y mercado gore”. *Mitologías Hoy*, vol. 14, 2016, pp. 75-91.
- Valencia, Sayak. “Teoría transfeminista para el análisis de la violencia machista y la reconstrucción no violenta del tejido social en el México contemporáneo”. *Revista Universitas Humanística*, no. 78, 2014, pp. 65-88.
- Vásquez Mejías, Ainhoa. “De muñecas a dueñas. La aparente inversión de roles de género en las narcoserries de Telemundo”. *Culturales*, vol. 4, no. 2, 2016, pp. 209-230.
- Zurian, Francisco; Martínez, Daniel y Gómez, Hernando. “La ficción en la televisión norteamericana y la representación de (nuevas) masculinidades”. *Área Abierta*, vol. 15, no. 1, 2015, pp. 53-62.